

232

La identidad
caribeña en
tiempos de
Guaynabo city:
Los ensayos de
Carmen Centeno
Ronald Martínez Lahoz

CARMEN CENTENO, *Lengua, identidad nacional y posmodernidad*, San Juan, Ediciones Huracán, 2007

EN LOS ENSAYOS QUE SE RECOGEN en la primera mitad de su libro *Lengua, identidad nacional y posmodernidad – ensayos desde el Caribe*, Carmen Centeno aborda el debate generado sobre la cultura nacional a consecuencia de las nuevas coordenadas de la globalización y la diáspora en la posmodernidad de una manera que ella misma describe como muy respetuosa y en diversos tonos.

Los ensayos son su respuesta a lo que acertadamente entiende son planteamientos insatisfactorios sobre el nacionalismo, la hibridez cultural, la modernidad, la hispanofilia y, sobre todo, la identidad nacional de los puertorriqueños en Puerto Rico. En la segunda parte del libro atiende estos asuntos desde la perspectiva del análisis literario, asunto que dejo a los expertos y expertas del tema.

El primer ensayo es fundamental. Su título es también el título del libro y en éste la autora presenta dos asuntos muy importantes con respecto a Puerto Rico. El primero es el hecho de que los puertorriqueños en Puerto Rico fuimos monolingües hasta la mayor parte del Siglo XX y, por consiguiente, el vernáculo fue vital en la construcción de la identidad nacional durante este período.

El segundo asunto es el impacto en la identidad de la migración circular entre Estados Unidos y Puerto Rico. Impacto, que en el sentir de la autora marca “...el inicio de la revisión del lugar que ocupa la lengua como elemento definitorio de lo nacional”¹ como consecuencia de lo que describe en su ensayo, *De globalización, lengua e hibridez*, “la aparición de un sujeto híbrido, moldeado por los patrones culturales de Puerto Rico, pero hablante del inglés o el spanglish...”²

Centeno destaca que a partir de los sesenta y setenta se cuestiona por autores principalmente marxistas, la construcción de una identidad fundamentada en el monolingüismo del español, en la que se asocia al español con “...una postura hispanófila que defendía una identidad blanca y católica que

prescindía a su vez del elemento africano”.³ La crítica de esta construcción definida como clasista y racista se entendía fundamentada en elementos inmutables de lengua, raza y territorio, y estuvo dirigida contra Pedreira, de Diego y, en especial, el nacionalismo albizuista.

Centeno responde con razón a estas críticas en defensa, principalmente, del lenguaje, argumentando que aunque el español se hubiese visto, (por ejemplo, en el nacionalismo de Albizu), como un rasgo inmutable de identidad, no se podía perder la perspectiva de que fue un hecho verdadero que: “... la lengua constituyó uno de los primeros vehículos de norteamericanización luego de la invasión del 1898”, siendo esta la razón para los postulados albizuista sobre el idioma.

Centeno indica, con mucho acierto, que el español era la lengua de todos los sectores sociales aunque se usase por parte de la burguesía de una manera que hoy en día se consideraría racista y clasista. Además, la homogeneidad cultural y nacional no fue solamente de lengua, sino religiosa y poblacional. El dejar fuera estos importantes hechos demuestra que estos análisis son anacrónicos, como muy bien indica Centeno, pues no saben “... apreciar las circunstancias históricas, políticas e inclusive científicas que propiciaron este tipo de discursos”.⁴

Ante las transformaciones que ocurren a partir de los sesenta y los nuevos referentes teóricos Centeno se pregunta: ¿Qué impacto han tenido en la identidad nacional, y en el español como elemento de ésta, la crisis del coloniaje a partir de los sesenta, el declive de los viejos patrones imperiales capitalistas del período moderno, la economía globalizada, las nuevas concepciones de las identidades nacionales, el retorno de miles de puertorriqueños cuyo idioma principal es el inglés, el nacionalismo cultural, las luchas por los derechos humanos, las luchas ambientales, la lucha por la salida de la marina de Vieques, y otros aspectos?

La autora atiende la contestación a esta pregunta fundamentándose en el planteamiento de que la construcción de la identidad nacional está mediatizada por elementos sociales, históricos, económicos y políticos “... interpretados de diversas maneras de acuerdo con el imaginario con el que el intérprete de la cultura se identifique”.⁵ Esta infusión de estos nuevos elementos hace de la identidad nacional un fenómeno cambiante y no estático.

El imaginario con el que la autora interpreta entonces la cultura puertorriqueña, y se identifica, así como la construcción de la identidad nacional de los puertorriqueños en Puerto Rico, muestra que el español sigue siendo eje central de identidad, por lo que su defensa debe basarse en el contexto de un pueblo “... que se siente mulato y caribeño a la vez que orgulloso de su herencia hispánica”.⁶ Esta defensa es necesaria, de acuerdo con la autora, porque el español: “...en la posmodernidad boricua sigue siendo un lugar acorralado al que se aferran todos los sectores sociales e ideológicos...”⁷

Esta interpretación sobre la identidad nacional está en conflicto, a mí entender, con diversas construcciones, que hacen otros puertorriqueños en Puerto Rico sobre su identidad. Para muchos, por ejemplo, la ciudadanía americana tiene un peso mayor como elemento de identidad que el idioma. Además, construyen identidades en las que el español no es solamente elemento fundamental de identidad, sino en las que existe un marcado desprecio o indiferencia hacia la herencia hispana. Esto se puede apreciar tanto entre los puertorriqueños del retorno como en los que aún no han emigrado o no emigrarán. Son construcciones en las que ambos idiomas o solamente el inglés es elemento esencial de la identidad.

Aunque aún podríamos afirmar, como generaliza la autora en su ensayo titulado *Subalternidad y lenguaje en tiempos de la globalización* que: "... el español no ha sido relegado a determinados ámbitos sociales o al círculo estrecho de la casa",⁸ hoy día observamos un aumento significativo del inglés en la cotidianidad, en nombres de negocios y compañías, así como en letreros y rótulos públicos como ha ocurrido en Guaynabo City, y otros municipios del país, por lo que podríamos comenzar a plantearnos una relegación del español a ciertos y determinados ámbitos sociales.

Esto tiende a demostrar que el español de Puerto Rico, si sigue la tendencia actual, podría muy bien convertirse, eventualmente, en lengua de subalternos en el peor sentido del término. La misma autora reconoce, refiriéndose al Informe del Instituto de Cultura sobre el idioma, que: "contrario a los países latinoamericanos, el español de Puerto Rico se encuentra en desventaja legal y social debido a que prevalecen en ella estructuras políticas coloniales que inciden sobre todo en su sistema educativo y en las área de la salud, la comunicación y la computación".⁹

Estamos entonces ante puertorriqueños que construyen en la posmodernidad sus identidades no solamente desde una puertorriqueñidad mulata y caribeña, que es el imaginario desde donde parte la autora, sino desde un imaginario en el que la identificación puede fluctuar desde verse y sentirse puertorriqueño, puertorriqueño-americano (traducción del Puerto Rican - American) hasta americano, y en la que se recurre a categorías norteamericanas como latino, hispano, o blanco, según el racismo y las construcciones de las identidades nacionales en Estados Unidos.

Además, no hay que olvidar que la cultura que se impone con la globalización e Internet responde y refuerza rasgos culturales esencialmente norteamericanos como el inglés, a lo que también contribuye de manera significativa el retorno de parte de la diáspora.

Esto significa que el acorralamiento del español en la posmodernidad no se debe únicamente a la interferencia del inglés en las estructuras sintácticas y en el léxico del español boricua, como indican estudios lingüísticos citados por la autora, entre otras razones, sino también a una evidente des-

valorización del español como elemento de identidad, contrario a lo ocurrido hasta mediados del siglo XX.

Hasta qué punto el condicionamiento, histórico, económico, político, cultural y teórico adverso al español como elemento de una identidad nacional mulata y caribeña podrá prevalecer en la posmodernidad es un asunto muy difícil de predecir. Existe, sin embargo, una conexión entre la derrota del nacionalismo político en los cincuenta, el triunfo del llamado nacionalismo cultural y las transformaciones de las identidades nacionales en la posmodernidad.

Esta conexión es significativamente echada a un lado, especialmente, en los análisis desde la posmodernidad, y es una razón poderosa para repensar y reflexionar sobre los estudios que desde la izquierda marxista y los marcos teóricos posmodernos se han hecho no sólo sobre la identidad o identidades nacionales, sino sobre el nacionalismo.

Quiero hacer unos comentarios sobre el nacionalismo, tema que la autora atiende en el ensayo *La interpretación cultural y política en Puerto Rico: modernidad, nacionalismo y desarrollo*. En este ensayo, Centeno hace un llamado a reconocer la complejidad del tema del nacionalismo y la necesidad de estudiarlo con mayor rigor y "... a la luz de las diversas censuras con que el régimen silenció a sus seguidores".¹⁰ También, critica los estudios del nacionalismo en la modernidad desde la izquierda y plantea la necesidad de estudiarlo "... sin olvidar que [el nacionalismo] nunca ha estado en el poder, que ha sido vejado y perseguido y que representa un sector del pueblo puertorriqueño que, por lo general, buscó y presentó visiones alternativas que abrieron nuevos espacios a la polifonía de voces que reclama la posmodernidad..."¹¹

El repensar del nacionalismo desde los análisis marxistas y posmodernos debe incluir lo que se interpretó como rasgos hispanófilos de una identidad clasista y racista de la burguesía criolla. En el breve ensayo titulado *¿Hispanofilia o castellanofilia?* Centeno se pregunta "...si todo lo que se calificó como hispanofilia frente a la cultura norteamericana realmente lo fue y si lo sigue siendo, o si las acusaciones de hispanófilos deben ser cuidadosamente revisadas a la luz de nuestra situación colonial y de la desmitificadora historiografía española".¹²

Existe entonces una necesidad imperiosa de revisión de los análisis sobre el nacionalismo, como indica Centeno. En el 1930 Albizu supo ver que las construcciones de la identidad como consecuencia de la americanización y la imposición de la ciudadanía produciría una construcción híbrida de la identidad. Así se desprende claramente cuando expresó que: "... ya habían surgido nativos a sueldo..." para imponer en el sistema público el inglés en sustitución del español, y abogados "...para defender los intereses de los invasores", concluyendo entonces que: "...existe un grupo de pseudo-intelec-

tuales que se han atrevido a predicar la formación del tipo híbrido...”.¹³

Sin embargo, Albizu confió que estas construcciones híbridas no conducirían a la transformación de la identidad nacional y a sus consecuencias lógicas políticas, pues entendía que habían unas condiciones que lo impedirían, y estas eran: “...el aislamiento geográfico,... la densidad de nuestra población que no podrá ser sustituida...”, y “... la diferencia de raza e idioma, porque poseemos una cultura por lo menos igual a la de nuestros gobernantes...”.¹⁴

Estas defensas en las que confiaba Albizu se vinieron abajo con la derrota del nacionalismo político y el triunfo del proyecto colonial del Estado Libre Asociado y su nacionalismo cultural. El sentido de identidad del pueblo puertorriqueño fue sometido a “grandes pruebas” de acuerdo con Trías Monje como consecuencia del dramático aumento de los niveles económicos y a la extracción de ayudas de Estados Unidos y, sobre todo, al pánico de estas clases dependientes en perderlas.¹⁵

Si a lo anterior le incluimos las nuevas coordenadas de la globalización y la diáspora tendremos entonces claro el cuadro sobre las transformaciones de la identidad nacional y hacia donde conducen estos cambios. Por consiguiente, Carmen Centeno tiene razón al señalar la necesidad de replantear y reformular los análisis que sobre la identidad nacional y el nacionalismo se han hecho tanto desde la izquierda como desde la posmodernidad, pues no se ha visto en su justa perspectiva el significado de la derrota del nacionalismo político y el triunfo del nacionalismo cultural como parte del éxito del Estado Libre Asociado en asegurar la sujeción política de Estados Unidos.

NOTAS

- 1 CARMEN CENTENO, *Lengua, identidad nacional y posmodernidad*, San Juan, Ediciones Huracán, 2007, p. 20.
- 2 *Ibid*, p. 88.
- 3 *Ibid*, p. 22.
- 4 *Ibid*, p. 24.
- 5 *Ibid*, p. 29.
- 6 *Ibid*, p. 51.
- 7 *Ibid*, p. 50.
- 8 *Ibid*, p. 83.
- 9 *Ibid*, p. 83-84.
- 10 *Ibid*, p. 62.
- 11 *Ibid*, p. 64.
- 12 *Ibid*, p. 73.
- 13 BENJAMÍN TORRES, *Pedro Albizu Campos - Obras Escogidas, Tomo I*, San Juan, Editorial Jelofe, 1975, p.100
- 14 *Ibid*, p. 20
- 15 JOSÉ TRÍAS MONJE, *Historia Constitucional de Puerto Rico, Volumen V*, San Juan, Editorial UPR, 1994, p. 37.